

12

# ELOGIO FUNEBRE

DEL GENERAL

# MANUEL BRICEÑO



BOGOTÁ  
IMPRESA DE LUIS M. HOLGUÍN.  
1898

ELOGIO FÚNEBRE  
DEL  
GENERAL MANUEL BRICEÑO



GENERAL MANUEL BRICEÑO.



## Señores :

No muere el que nació para vivir en los brazos de la gloria.

El General BRICEÑO ha vuelto á nosotros rebosando vida en el polvo inerte, con la aureola de la gloria que le tributan los recuerdos de sus compañeros, de todos sus amigos, y aun de sus enemigos, si los tuvo.

Vosotros sabéis que no mueren los que se dice que mueren, ni viven los que lo parecen : pasan como la sombra los que siguieron la carrera del delito ; viven los que guardaron y defendieron la honra.

Luego esos restos son inmortales, y hablan y escuchan.

No veáis, pues, la urna cineraria, sino pensad que la anima el espíritu del hombre.

Así, permitidme una súplica : si algo encontrareis en la vida del General BRICEÑO, que no fuere todo derecho, ley, justicia, libertad y patriotismo, sino simplemente la voz del sectario político, podéis borrarlo y no borraréis ni una coma del libro de su vida.

Porque, ¿ cuál es el resumen ó el mayor de los deberes del hombre público ?

— Amar la Patria, me diréis.

— Y, ¿ cuál es aquél que ama la Patria ?

Aquél que por la justicia y el deber dice la verdad publica “ lo que es ” en nombre “ del que es ; ” y cuando habla la verdad es Dios el que habla : ése ama la Patria ; la ama hasta el sacrificio :

Esa fué la conducta y la divisa del General BRICEÑO : “ Justicia y Libertad ; ” “ Por mi Patria y por mi Dios. ”

Y, pues hemos venido á rendir pleito homenaje al amigo, al Jefe y gran patriota, ¿qué deberemos decir para honrarle ?

—Bien pensáis, que él no agradece nuestros elogios, que nada le importan las alabanzas.

¿Qué será entonces lo que debemos decir, y qué lo que debemos hacer para satisfacerle y cumplir nuestro deseo y nuestro deber ?

Si para él, como para nuestros padres, la Patria fué preferible á todo “ á la amistad, los hijos, la mujer, la madre ;” si los sacrificios que hicieron fueron tan nobles, como grandes y útiles á la Patria, ¿ deberemos no consolarlos, porque no existen, ó llorarlos por los sacrificios que hicieron ?

Nó ; luégo debemos decir lo que ellos quisieran ; hacer lo que ellos harían.

¿ Y quién es aquél ó quiénes son aquéllos que pudieran repetir sus reconvenciones é igualarles en patriotismo ?

¿ Quiénes, que al mismo tiempo no se sintiesen reconvencidos que inhábiles ?

—Todos ó ninguno.

Luego no queda otro camino que decir lo que todos pensamos y sentimos en justicia y en honor de nuestros grandes muertos, en relación con nuestra propia historia. Decirnos la verdad á nosotros mismos, será hacer justicia á nuestros padres, demostrar que les tenemos gratitud, que somos dignos de haberles sucedido en la que “ es del Señor la herencia justa y rica,” que somos dignos de vivir.

Luego debemos inspirarnos en la ciencia, la pureza y el patriotismo de sus hechos inmortales ; continuar su obra ; seguir sus huellas ; abrir el camino donde lo cierre la afrenta, con su mismo valor, su misma fe, su misma constancia, en la próspera ó en la adversa fortuna.

Ahora bien : los que odiaron el crimen, las injusticias, las debilidades y padecieron por amor á la Patria, en verdad que sabrían reconvenir y elogiar las virtudes que poseemos y los medios de aumentarlas ; no indicarían el camino de los odios y la falsa emulación, sino el del amor patrio en la común fraternidad ; no se complacerían en

acusarnos del mal que padecemos, sino del bien que necesitamos; no dirían: "vivid sin honra," sino "buscad una muerte gloriosa."

Ese es nuestro camino.

Si así no fuere, esos restos queridos, esa bandera enlutada, ¿qué nos dicen? De dónde vienen? ¿Por qué han venido? ¿Qué quieren? ¿qué buscan en estas soledades del patriotismo? Notadlo bien: despertaron al ruido del cañón; al viento de la afrenta; son los emisarios del honor y del dolor; son protesta viviente y testimonio irrecusable del abuso de la fuerza y de la humillación padecida por el ultraje recibido.

Védlos ahí: vienen en nombre de Castillo y Ayoa; de Anguiano y Stuart; de Portocarrero, García, Granados y Ribón; de los millares de hermanos de la siempre "Heroica y noble Cartagena;" sus mismos hijos le han traído; el Congreso los ha reclamado; Cundinamarca los esperaba.

Su ciudad natal lo bendice; los Departamentos le acompañan; la Nación se ha conmovido.

Esos restos han evocado también las sombras de Villavicencio, Caldas y Torres; de Pombo, Fernández y Ulloa; de Camacho, Gutiérrez y Lozano; de Cabal, Casa Valencia y Mejía; de Santander, Bolívar y Nariño; de toda la grandeza de nuestros muertos.

Y se oye la heroica protesta, como si la sangre se renovase en el martirio del presente, en contemplación de lo futuro.

Todos se han reunido; y no vienen á implorar, sino á mandar; porque sangre suya somos; porque la Patria es suya, como que no hay heredero sin testador; ni testador sin patrimonio; ni patrimonio sin dueño perfecto.

¡Feliz de mí! que pudiese yo deciros, cuanto ellos quisieran; que si fué propio y digno hacer el panegírico de los grandes hombres, aun mucho más lo será resucitarles haciéndoles hablar.

Oh! restos queridos, General BRICEÑO, espíritus de nuestros padres, volved, volved á nosotros, venid á mí, que inspirado hable como vuestro grande patriotismo quisiera.

Quémense mis labios y digan lo que deben.

Acaso parezca extraño; mas por las glorias de la Patria, todo es justo y oportuno, y no fué nunca la historia enemiga de la verdad; amiga y juez lo será de sus mismos hijos y no desconoció jamás su patriotismo.

Hé aquí, pues, que esos restos vienen á recordarnos las glorias de nuestros padres; vienen á decirnos que ellos en las ensangrentadas manos y cabezas colocadas en las picas ó la escarpia ó los bauquillos vieron y sintieron el amor á la Patria; que no vieron ni sintieron jamás la oculta ó franca mano del traidor ni del tirano y ellos como en sus más gloriosos tiempos preguntan: ¿en dónde estabáis todos en el día de las humillaciones del Vitaliano?

Y yo he contestado con vuestras mismas palabras: No las hemos sabido; las tuvieron reservadas.

¿Y qué! dicen ellos, en esos días tras cuales nubes, montes ó peñascos escondió su luz el sol en su camino? ¿Desaparecieron las estrellas? Dejó de soplar el viento ó de conducir el sonido? ¿Dejó de llamar la Patria á vuestros pechos sin estímulo á la muerte?

Recibisteis generosamente los huéspedes del que se llamaba amigo; éste agotó vuestra mesa; humilló vuestro hogar; y pagasteis la afrenta con oro; disteis mayores garantías al agresor, como si fueseis huéspedes y no dueños, ofensores y no ofendidos, acusados en vez de acusadores!

Confesad que digo la verdad, cuando aseguro que se oyen las voces de carácter y energía del General BRICÓN, clamando al cielo, con el vasco: “No es justo, no es bien hecho vender por oro la santa libertad.”

Robaron vuestra mesa; ultrajaron con mano poderosa á vuestra madre, pues que salgan de la Patria hospitalaria los huéspedes cuyo gobierno fementido la insultó.

Que os mueva á mayor generosidad vuestra conducta; borrad la afrenta con la expiación; que os sirva de aviso; lavadla con mano de valientes; dad á esos huéspedes término prudente; que en tanto los vigile la vista del pueblo; la de vuestra propia seguridad.

Del enemigo fementido, de ese grande vencedor de anciano octogenario desarmado; del grande conquistador de dobles humillaciones en valor é ingratitude, lo mismo en Africa que en Roma; del grande insultador de anti-

guas noblezas heridas, caídas é indefensas, es de temerse todo, de esperarse nada. Cortad decididamente todas vuestras relaciones con ese Gobierno hasta el día en que su deber se incline ante vuestro propio y justísimo derecho y vuestra honra.

No fué el General BRICEÑO de aquéllos que hacen del vituperio su arma favorita; del mal ó del error ajenos su escudo, y del remedio un misterio; conocedor de la historia; justo en la apreciación de los hechos y las necesidades de la patria, clama á nosotros diciendo:

Buscad la unión; haced sacrificios de amor propio; olvidad vuestras querellas; no más estériles discusiones; acordáos de Torres y Nariño; de Páez, Santander y Bolívar; de López y Obando; Márquez y Mosquera; no más debilidades de 1830; no más exageraciones de 1850; ni guerras de 1840, ni dictaduras de Melo; ni los horrores de 1860, del 76 y del 85; mirad que los amigos duermen ó deliran y los enemigos velan y aguzan las espadas.

Educado en la época de la desgracia, se hizo grande en la lucha; parece que hubiese querido seguir las huellas de Sucre y Arboleda; virtuoso en todos sus actos; grande admirador de Bolívar, con más aspiraciones á la grandeza civil que á la militar, fué civil y militar, como sucede con frecuencia entre nosotros; hizo estudios y escribió de lo uno y de lo otro. Cuando las circunstancias políticas produjeron honda división, aceptó y aun solicitó la unión, honradamente convencido de que en las luchas de la virtud y el delito, aquélla quedara vencida para siempre, si éste se uniese, si no le fuera propio dividirse y vivir dividido, conservando su existencia más anhelosa y mayor en número y errores cuanto es mayor su división.

Cuando en época aciaga, las pasiones políticas se desataron en recias tempestades en el mismo seno de una Asamblea Legislativa, luchó con todas las fuerzas de su alma, contra leyes inicuas.

Sabía y estaba convencido de que entre nosotros "las leyes son papeles;" que el uso y el abuso de la ley no están en la ley escrita; que cuando la ley sanciona el oprobio, ese oprobio lo borran la justicia y el derecho nunca muertos, siempre perfectos en el deber, la honradez y la conciencia del Magistrado.



Pero no pudo ni podía permitir que se colocase al probo y digno mandatario en la grave situación y fatal predicamento de no obedecer las leyes ó de romperlas y hacerse superior á ellas; y unió su nombre en los anales de la historia de los derechos del ciudadano, de los deberes del legislador y de la razón en la autoridad, á los nombres no menos dignos de recordación, de D. Ignacio Gutiérrez Vergara y de D. Carlos Holguín, en la defensa de la integridad de la justicia en la verdad y el espíritu de las leyes.

El General BRICEÑO, digno del patriotismo de sus antecesores, grande amigo del pobre, estimador del rico; de ambos querido y respetado, seguíanle las tropas con amor de hijos; flaco y enfermo, lo mismo resistía el hambre y la sed que la intemperie.

Como aquellas palancas de hierro, cuanto es mayor su movimiento se hacen más brillantes, dijérase que su aceite era el peligro que daba impulso y mayor actividad á su espíritu incansable y atrevido.

Oh! vosotros, oh! pueblo, soldados y compañeros, rivales en el valor y en el trabajo; sedientos de paz y de honra y de hogares; listos á dar vuestras almas al cielo por seguir á vuestros Jefes, lo mismo en derrotas que son victorias, ó en victorias que son derrotas, siempre al pie de la bandera, con ración que os deja con hambre; con servicio que aumenta el hielo con la fiebre; que á pesar de injusticias y desengaños, jamás flaqueasteis en el amor á los principios salvadores del hogar y la virtud; siempre en el camino del honor, escuchad lo que os dice, oído bien:

“ No temáis al orden! Sois 500,000 hombres capaces de llevar las armas. Si queréis disminuir la precisa contribución de sangre, si no por vosotros, sí por la seguridad de vuestros hijos, reglamentad, organizad vuestras milicias; no temáis al orden! Mirad que no esperéis la salvación del enemigo que os deshonra y acuchilla; el cordero para morir arroja una lágrima; la fiera para matar lanza un rugido; las horas del despertar del enfermo coinciden con las horas de su muerte; conservad y honrad vuestras alianzas con los antiguos amigos de vuestros padres; cumplid vuestros pactos; sed fieles al amigo; no

despreciéis al enemigo; enseñad á todos la afrenta que se hizo á la madre, á los hogares, á vuestro nombre y al nombre de vuestros padres.

Que si en presencia de los ultrajes y humillación á la Patria, no cesasen las divisiones, quedaría confirmado que en América, "Colombia es ingobernable."

Hizo el General BRICEÑO su última campaña, campaña verdaderamente heroica, digna de los antiguos tercios castellanos, sabiendo que dejaría su madre, su esposa y sus hijos huérfanos; dió su alma al cielo en las humillaciones de la tierra.

¡Qué no hubiera dado por la Patria!

Habla, pues, con amargura y nos dice: Que el patriotismo se someta á las necesidades de la Patria; su herencia es capital de todos; se conserva y se establece por su honra y para su gloria; sin que pueda agotarse cuando la honra está en peligro ni cuando ella ha vencido.

La Patria sin los recursos de sus hijos es Patria sin hijos; madre estéril y agotada, pronta á confundirse en el polvo de las ruinas y de los sepulcros; y á ser la presa de las facciones y el dominio de los extraños.

El paricidio político tuvo por castigo la eterna humillación antes que perderse en el polvo de los siglos y en el olvido de la historia: tan grande fué su escándalo y tan perverso el odio de la conciencia que lo causó!

Como se "arroja la ira á las espadas," no se arroje el egoísmo á las palabras; si no pagáis la renta destruiréis los capitales; si negáis la contribución pondréis en peligro la propiedad; si protestáis de los impuestos, rendiréis tributo al vicio; si no dáis los subsidios que ofrecisteis faltaréis á vuestra propia libertad!

Cuando los falsos tribunales del derecho empiezan su labor disociadora, acusan á la justicia, declaman con elocuencia furiosa, proclaman la injusticia, las multitudes los siguen, los impulsan, y continúan sus obras hasta sobre los mismos cadáveres! Ay! entonces de las naciones si los grandes hombres no aparecen!

Ay! de ellas si el poeta no canta los Aquiles y los Héctor; si el dueño de los ecos no consagra en la armonía un recuerdo á la epopeya; si el historiador severo no deduce del pasado los signos precursores de los tiempos;

si el Profeta no entona salmos, sino lamentaciones: no llegarán el grave ruido de la industria; la luz de la ciencia ni los cantos de la gloria; apenas sí se oirán los lúgubres quejidos de las almas en las ruinas de los pueblos que pasaron huyendo de los cascos del caballo de la muerte.

Vosotros sabéis cómo compitieron en el alma del General BRICEÑO su despreñamiento en los intereses y su abnegación en el mando. Cedió éste á quien creyó digno de mandar, ó cuando la necesidad política ó la digna y educada complacencia lo exigió.

¿Acaso fué mejor que se cumpliera su sacrificio en la mitad de su carrera, si yá llena de merecimientos, cuando aún no había cumplido su misión?

¿Hubiera padecido de esta atonía política, de esta postración del patriotismo nacional; hubiérase abatido en presencia de la injusticia y los desengaños, como ante la miseria pública y particular, que suspira por la esperanza y desespera al peso del trabajo?

Frecuentemente no se ocultan en relación con los hombres, los caminos de Dios y de la tierra; parece que en estos casos nada se ocultase en los designios de Dios.

Los que en gratas y reservadas confianzas pudimos penetrar en las intimidades del alma del General, sabemos que constantemente dueño de los derechos del luchador, como constantemente ajeno á las prerrogativas del deber cumplido, en los días de las afrentas hubiese soñado con Bolívar en Casacoima y Pativilca; nuevo Moisés hubiera herido al sacrílego con fuego; ó bajado de las alturas y roto las tablas de la Ley en la misma frente de los adoradores de Mamunón; hubiera herido con la lepra al sempiterno marmurador.

Amó la Patria; luego amó profundamente la justicia y su moral; moral y justicia encontró en la política y la economía; á ambas dió por base las leyes eternas, como principio absoluto de su desarrollo.

Encontró la común necesidad del pobre, igual á la común necesidad del rico; cuanto es para el pobre objeto de gasto estéril y luego de desprecio, lo encontró en la misma forma para el rico; y cuanto es para el pobre objeto tan digno de aprecio como de seguridad y de recurso

para los días nefastos del futuro, vió que así era también para los ricos,

En el gravamen impuesto (como único) al territorio vió la grande utópia preñada de iniquidades para el pobre y de temores al poderoso.

Maldijo del vicio como pendiente resbaladiza que lleva al deshonor y á la afrenta.

La política tuvo para él, por base la justicia con sus leyes absolutamente morales, apenas sí alterables, como toda ley (universal que sea) por razones de tiempo y de lugar ó de las grandes necesidades públicas, pero leyes siempre prontas á recobrar su imperio en la estabilidad y el equilibrio social.

No vió en el mando, esa grandeza precaria de los que fundan su gloria en la falsa ilusión de las alturas y no en las propias virtudes; no se fatigó por el premio de la alabanza, satisfacción de los vanos y los pequeños, sino bendijo á Dios en el silencio por haber cumplido su deber.

No extrañaréis, pues, si os digo que no se oye su voz como la del hijo del hombre ó del hijo de la tierra; se la escucha en el fúnebre silencio de vuestra misma compañía, como la del ardiente y fervoroso espíritu católico y patriota.

Borrad, os dice, sí borrad de vuestro espíritu la nostalgia del mando; la aspiración se funde en el valor intrínseco civil, que ilustra los nombres con los propios hechos y las propias virtudes, conservando ó aumentando los reflejos de la estrella conductora de la gloria en el pasado;

Mirad que por la grandeza de la ciencia y de la industria se escribió la historia de las naciones, y vivieron en la tierra; más no se escribió por las locuras de la juventud: sus epopeyas fueron de desórdenes de derrotas ó á lo sumo de exterminio: lo mismo fué en los pasados siglos, que es en lo presente y habrá de ser en lo futuro. (1)

(1) Bueno es notar que Alejandro, César y Napoleón; Ollivier, Bismark y Gladstone no fueron en sus primeros años más sabios ni más prudentes que nuestros hombres en sus épocas, en cada una de las batallas libradas en la vida política entre la Iglesia y el Estado; entre el pueblo y el poder; entre la ley y la autoridad por el sufragio y la representación; entre el abuso y la fuerza, con el orden; entre la men-

Enseñad á la juventud el puro y verdadero idioma político, no la confundáis en los dialectos políticos; aprovechad de su impulso y de su fuerza; no la dejéis á merced de su corriente; encauzadla desde arriba, no sea que en su violencia se divida en brazos inútiles, sin fondo, formando playas estériles frecuentadas por las aves de paso.

No vayáis contra el viento; no levantéis el polvo de las arenas con vuestros pies; cegaréis á los amigos;

Si el porvenir es sombrío llevadle luz;

Si el porvenir es luminoso, la luz también ofusca y fascina; hay eudriagos en las tinieblas, como tropiezos en el día; y no es, no será de los ciegos el porvenir.

Habéis querido ser libres como el viento, libres como la luz, ¿pensáis acaso que la luz y el viento fuesen libres, si no jirasen obedientes á sus leyes, siquiera éstas se alteren?

La obediencia es la salvación, la disciplina es el medio; la actividad es la victoria; el orden es el porvenir; no temáis al orden; creed, confiad en la honradez y aun más de los ancianos orgullo de la Patria y de su historia.

Perdonad, si os he demorado breves minutos para hablaros del benemérito patriota, cuyo nombre fué emblema de fuerza en la unión; culpadle á él, no me culpéis á mí y dadme un minuto más: voy á concluir.

Recordad bien: no hace muchos años por estos mismos días, á la sombra de los árboles del bosque, cayeron heridos nuestros padres á la vera y en los arenales del camino; antes y después, de todos bandos, de una y otra parte cayeron también nuestros hermanos en los campos fratricidas y cruzamos sin consideración á los muertos.

Pues bien: cogió Moisés las cenizas de los hornos; arrojólas al viento; las arrojó sobre los pueblos; y vieron su sol como presagio de huracanes, de tempestades y estrago; cayeron sobre los pueblos como peste y maldición. ¿Que dijerais vosotros, todos, si éste, aquél ó yo invocásemos la sangre de nuestros padres con clamores de venganza? ¿cómo se viera nuestro sol?

---

tida filantropía intolerante, poseída de su fanatismo político, con los ideales utópicos y sus libertades absolutas, contra la Religión caritativa, penitente llevada de su fe en los eternos principios de la justicia, el derecho y el deber.

¿Qué fuera de nosotros ?

Si no gozó jamas el victimario del fruto de su delito; si los sacrificios se hicieron á favor de herederos que tampoco supieron disfrutarlos, en tal estado, decidme, os pregunto: quién es más culpable: los hijos sin culpa y sin fruto del victimario, ó los herederos *ab intestato* sin el fruto del que se ofreció y murió en holocausto y en expiación ?

Ah! señores, la Patria alarmada en su camino por la diosa del mal consejo y con la muerte prematura de sus hijos, pudiera decir, como aquella madre que á pleno sol del mediodía, en los arenales del desierto, llorando sobre su hijo muerto en su regazo, exclamaba:

“Ay! de mí; Ay! de mí; que en la mitad del día la noche nos sorprendió!”

Ea, pues, espíritu que animasteis esos restos queridos; sombras de nuestros padres, volved, volved á nosotros, que el gran pueblo, el pueblo de religión y caridad, de fe y amor; de lucha y de trabajo, vuestro pueblo se extravía; éste busca, aquél inquiere y nadie da con el camino.

La división artificialmente establecida ha producido en los hombres el alejamiento de los eternos principios de la verdad de la vida política en la razón y la autoridad; en la libertad y la justicia; en el orden y el progreso.

Cada cual ha tomado su pedazo en las armas ó el escudo de la República; se ha hecho jirones la bandera; la división de los hombres es absurda; nos hemos dividido como corrientes impetuosas desencauzadas; como rayos de tempestad; como rayos de luz reflejada que van á perderse por difusión en los espacios: Así nos hemos dividido!

Y en medio de estas hondas divisiones, cuales vinieron como tras larga sequía nubes sin agua que cruzaron con desconsuelo de la esperanza, con flaqueza del trabajo y vacilación en la fe; aquellos pasaron como olas embravecidas que dejaron sus espumas en la playa; otros fueron como llovizna que en los ardores del sol mata las plantas; quienes aparecieron, como aire emanado que trajo en sus alas el polvo de la muerte, y, sin embargo, no hemos desesperado: hemos “avanzado padeciendo;” pero se siente el inmenso vacío de nuestros muertos.

Recordemos sus hechos; invoquemos con amor sus nombres; practiquemos sus virtudes.

Oh! vosotros, nuestros grandes muertos; amigos y padres; como el rocío de las regiones de la noche refresca y da su aliento á la madre naturaleza, así, vosotros, enviad vuestras virtudes al través de los sepulcros á refrescar y dar vigor á las almas; cruzasteis la linde oscura de la vida, hemos llamado á vuestras tumbas, habéis respondido á nuestra voz; habéis hecho más; habéis venido á despertar la Nación de sus insomnios: encontrásteis vuestra honra en el corazón y en las almas, vivid, vivid, y como el aire elaborado en las alturas da nueva vida á las fuentes de la vida, enviad la luz de vuestra gloria sobre la Patria, que se agite y viva en cuanto piensa, en cuanto siente, en cuanto existe; enviadla como emblema de salvación en la auréola que ciñe las frentes de las madres, en la educación cristiana de sus hijos; que ellos ardiendo en la misma pira del patrio amor, *no dividan sus llamas ni dividan sus cenizas*, que busquen en los dos santuarios de la existencia: en el templo de la fe, el feliz amor de Patria para honrarla, hasta morir por ella; y aquí en el mismo religioso santuario de la muerte, las coronas del genio que se levanta y lucha, que deja su grande ejemplo, y al morir por la Patria, se immortaliza con ella.

Bogotá, Noviembre de 1898.

HENRIQUE ARBOLEDA O.